

Un perro histórico.

Acabo de recibir una atenta esquila de mi querido amigo D. Santiago Camarasa, en la que me pide *algo* para su preciosa revista CASTILLA, en el momento que mi imaginación divaga, sin dirección alguna, y me pongo con ese estímulo a discurrir, ¿de qué le escribiré? Cuando de improviso se me presenta mi perro que venía de la calle, haciéndome multitud de caricias, moviendo la cola y lamiéndome las manos; y por esa asociación de ideas, que algunas veces se nos atropellan en la mente, haciéndonos pensar en cosas diversas, contrapuestas y remotas unas de otras, vine a relacionar la fidelidad de estos animalitos compañeros inseparables del hombre, con el recuerdo de un hecho histórico ocurrido en la conquista de la isla de San Juan, conocida hoy por la de Puerto-Rico (1); cuyo protagonista fué un perrazo mastín, que acompañaba a los conquistadores castellanos, llamado *Becerrillo*, padre del no menos famoso *Leoncillo*, que tan buenos servicios prestó a Vasco Núñez de Balboa, en la conquista del Darién y descubrimiento del Océano Pacífico.

Dicha encantadora isla, rico florón de la corona de Castilla, arrancado de ella por las codiciosas garras del águila Norteamericana, se llamaba en los tiempos prehispánicos *Borinquen*; pero el primer historiador de ella, Fray Iñigo Abad de la Mota, sin razón alguna, le añadió una *n* a la segunda sílaba y escribió *Borinquen*; variación que ha confirmado el uso moderno.

Asombro causa el leer los heroicos y titánicos esfuerzos de aquel puñado de soldados, mandados por el veterano Juan Ponce de León, en la conquista de aquella isla. Largo sería el referirlos aun compendiosamente en los estrechos límites de un artículo.

Los indios se habían levantado en masa, colocándose a la cabeza de ellos el valiente y feroz cacique Agueybaná, con intención patriótica de exterminar a aquellos terribles e inesperados invasores.

(1) Esta antilla fué bautizada por Cristóbal Colón con el nombre de *San Juan*, y al descubrir la espléndida y segura bahía que hay en su norte, le puso a ésta el nombre de *Puerto-Rico*, en donde luego el conquistador D. Juan Ponce de León fundó la capital primitiva, que llamó Caparra, trasladada después a la isleta de enfrente, que recibió el nombre de *ciudad de Puerto-Rico*.

Los norteamericanos son los que han invertido los nombres, denominando a dicha ciudad San Juan de Puerto Rico, en vez de *Puerto Rico de San Juan*, como debe llamarse por voluntad del inmortal Colón.

Dice el historiador Washington Irving en sus *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, tomándolo de la *Historia general y natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo:

«Podieran considerar a Juan Ponce de León como un gobernador sin territorio y un general sin soldados; sus pueblos eran sólo humeantes ruinas, y todas sus fuerzas consistían en unos cien hombres, la mayor parte inutilizados por sus heridas. Tenía un poderoso e implacable enemigo en Agueybaná, quien se puso a la cabeza de todos los caciques, y hasta mandó emisarios a los caribes de las islas vecinas, suplicándoles olvidasen antiguas animosidades e hiciesen causa común contra los extranjeros, como enemigos mortales de toda la raza india, mientras tanto la isla se declaró en abierta rebelión; y los bosques que rodeaban la fortaleza de Caparra resonaban con la acostumbrada gritería y ahullidos de los salvajes, el ruido de sus caracolas de guerra y el atronador redoble de sus tambores.»

Nada arredraba a aquellos denodados españoles: su jefe Juan Ponce era un soldado viejo, cuyo temple guerrero se había forjado en la guerra de Granada. Empleó todas las estrategias posibles para entretener al enemigo, mientras recibía los socorros que había pedido al gobernador de la Española (hoy Santo Domingo) que no tardaron en llegar. Dividió entre tanto sus pequeñas fuerzas en tres secciones de treinta hombres cada una, bajo los mandos de Diego de Salazar, Miguel de Toro y Luis de Añasco, que ejecutaban repetidas sorpresas, asaltos y emboscadas, manteniendo a los indios en constante alarma.

Agueybaná, ignorando el socorro recibido por Ponce y al frente de 5.000 guerreros, hizo una furiosa acometida a los campamentos españoles, y fueron rechazados con numerosísimas pérdidas, muriendo de un balazo de alcabuz el intrépido caudillo.

Aterrados los indios ante esta terrible contrariedad, aumentó aún más su pánico, cuando vieron que a pesar de los muchos españoles que habían matado, venían a tener enfrente igual número que antes, y llegaron a figurarse que los que ellos mataban volvían a resucitar, y que era temerario seguir luchando con aquellos hombres inmortales. Y era que ignoraban la llegada de los refuerzos de la Española.

Sometida ya toda la isla, ocurrió el peregrino hecho que voy a relatar del famoso perro *Becerrillo*, el cual ya por sus